

¿Qué divino furor me ha levantado
A tan altivo y no pensado vuelo,
Que la sangre me cuaja un miedo helado,
Viéndome entrar por uno y otro cielo?
Temo como el que por su mal alado
Al mar dió nombre, no le dé yo al suelo.
¡Águila santa, entre tus alas bellas
Me defiende del sol y las estrellas!

Fénix de amor, amado evangelista,
Que en el pecho de Dios el nido hiciste,
Y siendo su divino coronista,
El principio sin él nos escribiste;
Pues del sol claro con su hermosa vista
Los rayos inmortales ver pudiste,
Tu bondad en tus plumas me reciba,
O me dé algunas dellas con que escriba.

Y vosotros, espíritus dichosos,
Criaturas bellas, bienaventuradas,
Que en los asientos de la gloria hermosos
Gozais las siempre alegres alboradas;
Vosotros, que asistís á los gloriosos
Rayos de aquellas luces increadas,
Regid mi pluma en este grave canto,
Lleno de gloria y admirable espanto.

La plenitud del tiempo va llegando,
Tiempo de gracia y de misericordia,
Para el que al ruego de su esposa blando
La manzana comió de la discordia;
Edad mas que dichosa, tiempo cuando
Se verán en pacífica concordia
La justicia, que el pecho eterno encierra,
Y la verdad nacida en nuestra tierra.

Entra en consulta la deidad inmensa
Del Sempiterno y Todopoderoso;
Pide el rigor castigo de la ofensa
Del atrevido y poco temeroso;
Sale el divino amor en su defensa,
Y hace su causa como amor piadoso,

Y ante aquel tribunal de gloria eterna
Así propuso su demanda tierna:
«Eterno Padre, Verbo sempiterno,
Inmenso Dios de Dios, lumbré de lumbré;
Yo, amor divino, regalado y tierno,
Guardando en todo mi inmortal costumbre,
Siendo el tercero de ese sér eterno
Que rige el mundo y la estrellada cumbre,
Para el hombre mortal remedio pido,
De mi amor mismo y caridad movido.

»Inescrutable Dios, Dios verdadero,
Muy bien sabeis, Señor, que eternamente,
Antes que Adán comiese del madero,
Estaba decretado en vuestra mente
Que vierta sangre el inmortal cordero,
Gloria de vuestro pecho omnipotente,
Que por el hombre humano ha de ofrecerse
Hacerse hombre y hombre deshacerse.

»De aquel desórden y mortal codicia
Es menester que el hombre satisfaga;
Pues la culpa es inmensa y la malicia,
Es menester que inmenso sea quien paga;
Pues vos, eterno Dios, pedís justicia,
De eterno Dios tambien será la paga,
Que el Verbo amado de ese tierno pecho
De rigor pagará Dios, hombre hecho.

»La mísera mortal naturaleza
Por nadie puede ser bien reparada,
Sino por quien con inmortal destreza
La supo hacer y fabricar de nada;
Ya la deidad de vuestra suma alteza
Ha estado largos siglos injuriada.
Por el cielo, la tierra y limbo pido
Que satisfaga el que es el ofendido.

»Morir no puedes, sacra deidad pura,
Y así, no has de morir, siendo infinita;
Pagar no puede la mortal criatura,
Que su sér pobre su caudal limita;

Verbo del Padre, luz de su hermosura;
 La humanidad alegre suposita;
 Como hombre muere, como Dios nos paga,
 Y será de hombre y Dios justa la paga.

»Bello retrato, soberana idea
 Del que gozas el pecho soberano,
 En quien tu eterno Padre se recrea,
 De cuyo amor inescrutable emano:
 El mundo, el cielo, el limbo ya desea
 Verte hecho por el hombre niño humano;
 Pues en tí el orbe trino su bien libra,
 Desciende á ser mortal y al mortal libra.»

El Padre eterno, del amor movido,
 Así responde á la demanda tierna:
 «Divino amor, de amor enternecido,
 De igual poder con mi potencia eterna,
 Omnipotente Verbo, hijo nacido
 En mi mente divina sempiterna,
 Que somos un Dios solo y una esencia
 De ciencia igual é igual omnipotencia:

»Bien sabeis que Luzbel, siendo criado
 Mas que el hermoso sol resplandeciente,
 Por su soberbia ingrata fué arrojado
 Adonde gime y llora eternamente:
 Que el hombre, á nuestra imagen fabricado,
 Y hecho del mundo nuestro presidente,
 Absorto de su pecho en la costilla,
 Hecha mujer, se alegra y maravilla.

»Que perdió por su culpa la inocencia,
 Porque su muerte en la manzana estaba;
 Que sintió de los tiempos la inclemencia,
 De la tierra y el cielo la ira brava:
 Perdió mi gracia por su inobediencia;
 La razon que era reina, se hizo esclava,
 Que al campo fué de espinas y de abrojos,
 Hechos fuentes de lágrimas sus ojos.

»Que en el sudor de su afligida cara
 Hizo fuerza á la no labrada tierra,

Que, aunque por su enemiga se declara,
 Vuelve con colmo lo que en ella encierra;
 Que le dió hijos su consorte cara,
 Naciendo entre ellos la primera guerra,
 Todos sujetos á la culpa fuerte
 Y al yugo inevitable de la muerte.

»Que sus hijos nacieron hijos de ira,
 Por descendientes de su padre aleve,
 A quien mi airado brazo flechas tira
 Y mi justo rigor azotes llueve;
 Que en la oscura prision triste suspira,
 Porque mi hijo pague lo que él debe,
 Satisfaciendo de la culpa fiera,
 De que á los suyos dura la dentera.

»Eran dignos de penas inmortales,
 De males y tormentos excesivos,
 Y de que entre cadenas infernales
 Inmortal muerte padecieran vivos;
 Mas vos favoreceis á los mortales,
 Pidiendo vaya á rescatar cautivos
 Uno de nuestra Trinidad, pagando
 El tesoro que estamos esperando.

»Si vos, divino Amor, sois el tercero
 Entre el hombre mortal y mi sentencia,
 Con vuestro gusto conformarme quiero;
 Poned vos vuestro amor, yo mi potencia;
 Vos, mi engendrado Hijo verdadero,
 Pues sois mi eterna y soberana ciencia,
 Vuestra ciencia poned omnipotente,
 Y reparad la pobre humana gente.

»Que, aunque podamos yo y Amor divino
 Supositar la humanidad caída,
 Es menester, pues que por saber vino
 A verse enferma, flaca y destruida,
 Vuestra infinita ciencia abra camino,
 Y con vuestro saber sea redimida,
 Satisfaciendo de la culpa inmensa,
 Hecho precio infinito de la ofensa.

»Ya, como bien sabeis, vuestro nutricio
 Josef con justos ruegos y plegarias,
 Haciendo de sí mismo sacrificio,
 Con votos y oraciones ordinarias,
 Nos pide el deseado beneficio,
 Profetizado por edades varias;
 Tambien la pobre tierra le vocea,
 Que renovarse con su luz desea.

»Y los que gozan nuestras maravillas
 En el glorioso asiento, hermoso y puro,
 Piden que suban á gozar su sillas
 Las almas que encarcela el limbo oscuro;
 Y ellas piden que baje á redimillas
 El que quebrantará el guardado muro,
 Dando al infierno aquel bocado amargo,
 Y á mi justo rigor justo descargo.

»Yo criaré una bellísima criatura,
 Donde descendas, sacro Verbo amado,
 A tomar carne de su sangre pura,
 Para el remedio del mortal bocado;
 Excederá en mi gracia y hermosura
 A los continos de mi eterno estado,
 Hermosa mas que el cielo, sol y luna,
 Que será Madre y Virgen, fénix una.

»Desciende, gloria de mi eterno pecho,
 Desciende á las purísimas entrañas,
 Que á mi divina vista han satisfecho
 Sus virtudes santísimas y extrañas;
 Haré esta obra, aqueste heróico hecho,
 Digno de mis dignísimas hazañas,
 Uniendo la potencia de mi brazo
 Al Verbo el ser mortal con fuerte lazos.»

El Hijo omnipotente sempiterno
 Del sempiterno omnipotente Padre,
 Encendido de amor piadoso y tierno
 De ver que al cielo, tierra y limbo cuadre,
 Quiere humanarse, siendo Dios eterno,
 En las entrañas de una Virgen madre,

De las culpas del hombre hacerse cargo,
 Y dellas dar á Dios igual descargo.

El Espíritu Santo se recrea
 De que se cumple lo que el hombre aguarda,
 Y al cielo con mayor gloria hermosa,
 Y hace que en dulce y nuevo amor se arda;
 Quiere ilustrar la Virgen que desea
 De un cuerpo hermoso y un alma gallarda;
 El vientre de la estéril Ana escoge,
 De donde nazca quien le desenoje.

Quiere criarla de su gracia llena,
 Y hacerla tal el que es de gloria lleno.
 Que no pueda hacer Dios madre mas buena,
 Como no puede el hijo ser mas bueno;
 Hácela alivio de la antigua pena,
 Tríaca saludable del veneno,
 Llena de tanta gracia y hermosura,
 Que excede á la seráfica criatura.

Todo el empíreo cielo está á la mira,
 Con músicas alegres esperando
 Nazca el espejo en quien su autor se mira;
 Su concepcion dichosa festejando
 La paz esperan de la antigua ira,
 Y así, paz á la tierra están cantando,
 Guardando el vientre de la estéril madre
 El cielo todo y el anciano padre.

Llena de gracia, y de virtudes llena,
 Le da el alma santísima su esposo;
 El sacro omnipotente Padre ordena
 De darle un cuerpo mas que el cielo hermoso;
 El Hijo soberano la enajena
 Del antiguo tributo y feudo odioso,
 Haciendo que su madre soberana
 Libre del ágrío esté de la manzana.

Porque, ó pudo ó no pudo el Hijo amado
 Santificar su nuevo paraíso;
 El decir que no pudo, es condenado,
 Que eternamente pudo cuanto quiso;

Si pudo preservarla de pecado
 Con la potencia de su eterno aviso,
 El que manda que se honre padre y madre,
 ¿No habia de honrar su inmaculada madre?

Si fué santificado Jeremías
 Dentro de la prision del vientre oscuro;
 Si el padre putativo del Mesías
 Del pecado nació libre y seguro,
 La que excede las bellas jerarquías,
 Y escurece la luz del sol mas puro,
 ¿No habia de ser de Dios santificada,
 Y en su concepcion pura preservada?

Es de Dios la escogida venturosa
 Sin la original mancha concebida,
 En el alma y el cuerpo toda hermosa,
 Sin caer, mas altamente redimida;
 Es la bella mujer maravillosa,
 Que vió el divino Juan del sol vestida,
 Que huyendo de la sombra del pecado
 Al soberbio dragon dejó burlado.

Es la ciudad de Dios, cuyos cimientos
 Labró su autor sobre los montes santos,
 Poniéndola por firmes fundamentos
 Para sus edificios sacrosantos;
 Ciudad cuyos gloriosos vencimientos
 Ya celebraron en alegres cantos,
 Siendo su muro, antemural y guarda
 El Salvador, que sin dormir la guarda.

Es la ciudad santificada y pura,
 Cuyo resplandor claro es el cordero,
 En quien el que la hizo su criatura
 Hombre nació pasible verdadero;
 Ciudad á quien alegra la hermosura
 Del ímpetu del rio, que ligero
 Con su gracia inundó la ciudad bella
 Enamorado de lo que ve en ella.

Es la hija del Rey, que venturosa
 Toda su gloria tiene en sí encerrada;

Es la que de oro con la ropa hermosa
 De variedad asiste rodeada;
 La que Dios con su mano poderosa
 En su alegre santísima alborada,
 Muy de mañana la ayudó gozoso,
 Librándola del yugo trabajoso.

Es el huerto cerrado, el paraíso,
 De quien el Dios de amor guardó la puerta,
 Donde la flor del campo nacer quiso,
 A la original culpa nunca abierta;
 La que al amor con su divino aviso
 Entre sus bellas alas encubierta
 Guardó de la ave fiera de rapiña,
 Librando della á la inocente niña.

Es la Ester, que ablandó del Rey el pecho,
 A quien la ley de su rigor no alcanza,
 Quedando en su hermosura satisfecho
 El Asuero, que la hace su privanza;
 Es el florido y regalado lecho
 Del Salomon, del padre semejanza,
 De los sesenta fuertes rodeado,
 Y de la culpa original guardado.

Fué criada en gracia la primera madre,
 Y ¿habia de ser en culpa concebida
 La escogida del que es verbo del Padre,
 De quien ha de tomar humana vida?
 Aunque el trifauce can soberbio ladre,
 No podrá asir á la que á Dios asida,
 Tiene de quebrantarle la cabeza,
 Quedando mas hermosa su pureza.

Si Eva, que con la sierpe se congracia,
 Y por su gusto fué burlada della,
 Siendo la madre de la cruel desgracia,
 En gracia fué criada hermosa y bella;
 La que ha de serlo de la misma gracia,
 ¿En algun tiempo habia de estar sin ella,
 Su cerviz inclinando al cruel verdugo
 Que la pusiera de la culpa el yugo?

¿Había de mirar Dios su Madre amada
 Padeciendo la infamia del castigo,
 Entre cadenas de la culpa atada,
 Hecha cautiva vil de su enemigo?
 ¿María había de ser tan desgraciada,
 Que su Hijo no pudiera ser su amigo,
 Pues fuera su enemigo declarado
 Si fuera concebida con pecado?

Si el arca que encerró el maná divino,
 Las tablas del Decálogo y la vara,
 Mandó Dios se labrase de oro fino
 Y de madera incorruptible y rara;
 Si en cuarenta y dos años de camino,
 Contra el rigor del tiempo y fuerza avara,
 Guardó el vestido incorruptible y sano
 Del sumo Dios la omnipotente mano,

El arca virginal, arca dichosa
 De aquel divino é inmortal tesoro,
 Del Padre eterno la palabra hermosa,
 Y gloria eterna del empíreo coro,
 De quien ha de tomar carne preciosa
 Para el remedio del antiguo lloro,
 ¿No había de ser mas pura y mas sincera
 Que el oro fino y la inmortal madera?

Hay en medio del mundo una alta casa
 Que confina con tierra mar y cielo:
 Su gran altura de las nubes pasa,
 Su gran profundidad del bajo suelo;
 Su longitud se mide, y se compasa,
 Desde la cuna del Señor de Delo,
 Hasta el sepulcro en quien le entierra el día,
 Lleno de luto y de melancolía.

Vense de acero y bronce fabricadas
 Sus murallas al cielo descubiertas,
 Y entre ellas de labor sutil labradas
 Mil hermosas ventanas y mil puertas;
 Sus murallas se miran arruinadas;
 Sus puertas y ventanas siempre abiertas;

Sus ventanas, sus puertas, sus almenas,
 De ojos, orejas y de lenguas llenas.

El silencio jamás aquí halló entrada,
 Y si entrar quiere, á muerte se condena;
 La quietud anda siempre desterrada,
 Y el sueño, si entra, tiene grave pena;
 Aquí la nueva, apenas engendrada,
 Entre el susurro que entre todos suena,
 Tanto crece, se muda y desconoce,
 Que el propio padre apenas la conoce.

Aquí la general Fama es señora,
 Horrendo monstruo, voladora fiera,
 Tanto de la mentira afirmadora,
 Cuanto de las mercedes mensajera;
 Que en cuanto baña Tétis y el sol dora,
 Hace cual rayo su veloz carrera,
 Mirando, oyendo, hablando cuanto mira,
 Mezclando la verdad con la mentira.

De plumas ligerísimas y bellas
 Adorna de su cuerpo los despojos,
 Acompañando al gran número dellas
 La misma cantidad de atentos ojos;
 Tiene cien bocas, y de todas ellas
 Jamás se ven cerrar sus labios rojos,
 Jamás reposa, siempre hablando vuela,
 Hecha una veladora centinela.

Huye de las desiertas soledades,
 Haciendo en las ciudades propios nidos,
 Y en ellas siembra varias novedades
 Y los casos apenas sucedidos;
 Enmascarando siempre las verdades
 Con cuentos fabulosos y fingidos,
 Anda provincias, mares, reinos varios,
 En religion, lenguaje y ley contrarios.

Aquesta, cuyos siempre abiertos ojos
 Vencen á los que vió la mujer vaca
 Y á los que coronando sus despojos,
 La mas serena noche al mundo saca,

Está en la torre que hizo á Dios enojos,
 En cuya confusion su saña aplaca;
 Las lenguas aprendió, y de lenguas llena,
 Á hablar perpetuamente las condena.

Está con las orejas mas crecidas
 Que las que mereció por su mal gusto
 El venturoso por su daño, Midas,
 Á quien el oro fué castigo justo;
 Cuanto se hace ve, y sabe de oidas,
 Desde el flamenco helado al indio adusto,
 Volviendo con usura lo que ha oido,
 Que siempre da de mas algo añadido.

Aparte tiene aquesta fiera hermosa
 Una ciudad de todas escogida,
 Donde la gente ilustre y valerosa
 Despues de muerta goza eterna vida;
 No entra en ella la infamia vergonzosa,
 Ni la mentira siempre aborrecida;
 La verdad y el honor guardan las puertas
 Al tiempo y á la muerte nunca abiertas.

En medio la ciudad fuerte y famosa
 Hay un templo, hasta el cielo levantado,
 De arte sutil y de labor preciosa,
 De piedras finas y oro fabricado,
 Por el honor y la virtud hermosa,
 Á la que al tiempo vence dedicado,
 Cuya muralla por extremo fuerte
 Le defiende del tiempo y de la muerte.

En medio deste templo se levanta
 De incorruptible cedro y de djamante
 Un ara de riqueza y beldad tanta,
 Que al ambicioso mundo es bien que espante;
 Está en medio una vírgen sacrosanta
 De hermoso aspecto y juvenil semblante,
 Hija mayor de la ligera fama,
 Que la Inmortalidad el tiempo llama.

Á un lado tiene á la Virtud vestida,
 En vez de jerga basta, de brocado,

Y de su mano virginal asida
 Con laurel premia su cabello amado;
 Del otro está gozando nueva vida
 El Honor con trabajos alcanzado,
 Murada de oro su cabeza hermosa
 Con cetro real y púrpura preciosa.

En fuego de las vírgenes vestales
 Se evaporizan mil sabeos aromas,
 Y de yerbas y flores orientales
 Exhalan suave olor preciosas pomas;
 Y en vasos de clarísimos cristales
 Alimentan el fuego ricas gomas
 De suave mirra y bálsamo oloroso,
 Llenando el templo de su olor precioso.

Por todas las paredes hay colgados
 De hazañas y vitorias los despojos,
 Coronas de oro, cetros adorados,
 Banderas blancas y estandartes rojos,
 Saltados fosos, muros asaltados,
 Quebradas piernas, arrancados ojos,
 Contrahechos brazos y pasados pechos,
 Deshechas rocas y hombres rocas hechos.

Aquí en sepulcros y urnas levantadas
 En lucillos, pirámides, colosos,
 Las cenizas están siempre guardadas
 De los que merecieron ser famosos;
 Aquí en bronce, con oro, están grabadas
 Las virtudes, los hechos valerosos,
 Armas, esfuerzo, letras, osadía,
 Religion, castidad y valentía.

Hay de alabastro, jaspe, mármol y oro,
 De labor suma y de riqueza rara,
 Por la fama labrado un alto coro,
 Que cerca de Hipocrene el agua clara,
 Donde Febo, depuesto el real decoro
 De la luz pura de su hermosa cara,
 De su divino plectro al son suave,
 Canta tan dulcemente como grave.

Á sus lados están sus nueve hermanas
De laurel coronadas y de flores,
Y aunque divinas, por extremo humanas,
Provocan á castísimos amores,
En sus rostros y voces soberanas
Céfiro en calma, derramando olores,
Parando de los cielos la armonía
De la suya á escuchar la melodía.

Un poco mas abajo están sentados
Los Orfeos, los Ennios, los Homeros
Y los que de Helicon alimentados
En este coro entraron los primeros;
Los que dichosamente laureados
Desta casa son hijos verdaderos,
Los coronistas, los historiadores,
Los sabios y elegantes escritores.

Coronadas de yedra las cabezas,
Siempre cantan con voces celestiales
Las armas, las hazañas, las proezas
De los que muertos viven inmortales;
Aquí siempre se escriben las grandezas
De valerosos pechos y armas reales,
Letras, fuerzas, valor, virtud, prudencia,
Piedad, justicia, amor, magnificencia.

Desta academia sabia es presidente
El que viste la tierra de alegría,
Sacando de oro la encendida frente,
Alma del mundo y lámpara del día;
Es maestro de capilla diligente,
Que lleva á la sagrada compañía
El compás, dando tono y señalando
Lo que á pesar del tiempo están cantando.

Guarda la puerta una inmortal doncella
Madre de la poesía y de la historia,
Aunque antigua y anciana, moza y bella
Á quien llama la fama su memoria;
No deja entrar sino á los dignos della
Al museo, que da á los muertos gloria,

Defendiendo la entrada al atrevido
Que pretende el lugar no merecido.
Á un lado deste coro hay de oro puro
Y de plata bruñida un sacro erario,
Que defiende de acero un fuerte muro
Contra el rigor del tiempo su contrario;
Donde de metal rico y bronce duro,
De alabastro escogido y jaspe vario,
Se guardan las medallas milagrosas
De los que hicieron cosas hazañosas.

Los nueve de la fama aquí se hallaron
Con todas las batallas que vencieron,
Los que á vivir los hombres obligaron
En las varias repúblicas que hicieron;
Los que fuertes ciudades fabricaron,
Los que inventores de las cosas fueron,
Los héroes fuertes, los legisladores
Y de sus patrias los libertadores.

Los filósofos sabios, reyes justos,
Matronas y doncellas valerosas,
Que á pesar de su carne y de sus gustos
De sí mismas triunfaron vitoriosas;
Las que con pechos y ánimos robustos
Emprendieron hazañas prodigiosas;
Aquellas que secreto y fe guardaron,
Las doctas que á los sabios admiraron.

Guarda el Trabajo siempre cuidadoso
Del sacro erario la cerrada puerta,
Medio para el que fuerte y animoso
La del honor pretende hallar abierta;
Nunca los fuertes miembros da al reposo;
Como leon está siempre en alerta,
Defendiendo la entrada venturosa
De gente infame, torpe y perezosa.

Sobre el cimborio deste templo raro
Hace la fama que los aires rompa
Su trompa, de los muertos el reparo,
Pues les da vida con su ilustre trompa;

Aquí contra el olvido y tiempo avaro
 Celebra con debida y régia pompa
 Las hazañas, los hechos portentosos
 De los que muertos viven gloriosos.

Á aquesta casa, con razon famosa,
 Una nueva llegó que el mundo espera
 Que es tan alegre quanto venturosa,
 Y mas que venturosa verdadera,
 De que una niña, por extremo hermosa
 Nació, alegrando la estrellada esfera:
 La fama alegre entre sus alas pone
 La nueva, y á llevarla se dispone,

Cuando rompiendo por el aire claro
 Un jóven de admirable rostro hermoso
 Y de semblante peregrino y raro,
 De hablar süave y de mirar gracioso,
 Manda á la fama que del cierto amparo
 Lleve la nueva al que ha de ser su esposo,
 Que sea en referirla verdadera,
 Y que apresure su veloz carrera.

Rompe gallardo el aire trasparente,
 Sacudiendo por él las bellas plumas,
 Llevando escritas en su roja frente
 Las gracias raras, las virtudes sumas
 Del medio del remedio de la gente,
 Que predijo la gran sabia de Cúmas,
 Mostrando alegre entre sus alas bellas
 Los ojos convertidos en estrellas.

Al tiempo llega, que deshecha en lloro
 Sale de entre las aguas cristalinas
 La aurora, que esparciendo su tesoro
 Aljófar rico vierte y perlas finas;
 Que descogiendo su cabello de oro
 Con sus hebras hermosas y divinas,
 Los astros celestiales escurece,
 Y las ligeras nubes enriquece.

Á aqueste tiempo pues llega la Fama,
 Y halla al justo Josef entretenido

Entre los brazos de una honesta dama,
 Que le tiene de amor preso y rendido;
 Que es la Oracion que el corazon le inflama,
 Que por divino templo le ha escogido,
 Haciendo de su pecho ara sagrada,
 Adonde ofrece el alma enamorada.

«Sabrás, la Fama dice, ¡oh jóven raro!
 Que tan propicios á los cielos tienes,
 Que de la real estirpe y solar claro
 De donde tan gloriosamente vienes,
 Nació una niña, en cuyo fiel amparo
 Llueven los cielos soberanos bienes,
 Á quien la gracia y la naturaleza
 Adornan de bondad y de belleza.

»Gózase el cielo con la niña hermosa;
 El Padre omnipotente se recrea,
 Y hácela la mas bella y mas graciosa
 Que ve el que el mundo con su luz rodea;
 El dulce Esposo á la escogida Esposa
 Con plenitud de gracias hermosea,
 Y el Verbo, que se ve en la niña bella,
 Reparte su saber divino en ella.

»Las tres carites, gracias sobrehumanas,
 Hijas del Rey del soberano coro,
 Fe y Esperanza y Caridad ufanas
 Llenan su pecho de inmortal tesoro;
 Amor divino, que en las soberanas
 Cumbres dispara sus saetas de oro,
 De amor la adorna y de virtudes tales,
 Que excede á las legiones celestiales.

»Dale de oro de Arabia los cabellos,
 Con que enlace de amor su tierno esposo,
 Pues los rayos del sol delante dellos
 Pierden su luz y resplandor hermoso;
 Dos soles claros son sus ojos bellos,
 De vista grave y de mirar gracioso,
 De quien el que los hizo se enamora;
 Que dan luz bella al que los cielos dora.